

## EL TESORO DE ORONDA

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Una vez que el Presidente de Colombia se decidió a acabar con el bandidaje cebado en el litoral del Magdalena, supo con sorpresa singular que se había usado extraña benevolencia con Felipe Iñíguez, una de las reputaciones delincuentes mejor fundadas y más conocidas. El viejo criminal, al ser aprehendido, dizque había dicho riendo con sorna sombría, por entre la cerdosa barba:

—Bien se cuidarán de matarme; saben que soy el único hombre conocedor del sitio donde Oronda escondió el tesoro.

Y cuando en busca de mal aguardiente entraba a los tabernuchos, tenía un estribillo:

—Si a mí se me antojara, podría comprarme la mitad de la América del Sur.

Desde luego que eran exabruptos de borracho. ¿Cómo admitir —si no— que quien tal compra podía hacer, habitara un sórdido tabuco, y tuviera que ganarse el bocado con el rudo trabajo de boga? Y cuando esto le objetaban, se desporrondungaba en un enredijo de explicaciones:

—Mis costumbres —replicaba— son sencillísimas: no necesito más que el aguardiente de la semana y el tabaco para sopearle—. Mezcla atroz ésta, que era su manjar predilecto, pero que usaba con moderación. Y agregaba:

—Es que hay cosas que ninguna conciencia puede aceptar. Pero también hay peligros peores que la misma muerte.

Una vez por año *se la amarraba* grande, y entonces a la consabida sopa le añadía pólvora. Echaba historias del tiempo de Oronda, cuando el pirata tenía en él su hombre de confianza. Perdido ya el juicio completamente, empezaba, así viejo como estaba, a bailar la *guachambra*, baile popular chileno, cosa de su tierra. Bailaba solo, lanzando gruñidos y sollozos, dizque imitando las gracias y carantoñas de una mujer, ya muerta, cuyo nombre repetía a intervalos:

—¡Apolinaria!... ¡Apolinaria!... Miren: así bailaba ella: meneaba los cuadriles; sacudía los senos; echaba la cabeza atrás, así... así...

Las gentes lo rodeaban, curioseando el espectáculo grotesco. Al acabar, rodaba por tierra, exánime, exclamando:

—Yo no soy más que un infeliz. Me voy a libertar a Apolinaria!...

Lo recogían caritativamente y lo llevaban al rancho, junto al río.

Después de haber presenciado varias veces la escena y de haber bajado y remontado el río muchas otras con Felipe Iñiguez de boga, un minero francés, buscador de oro, que fue a dar a Honda, logró reconstruir toda una historia torturante.

Gobernaba Sámano el Virreinato colonial, pretendiendo con crueldades monstruosas ahogar cualquier brote del movimiento libertador.

El viejo Virrey simulaba desdeñar las riquezas y el boato. Disponiendo de dos carruajes para su uso particular, salía a la calle a pie; el coche lo ocupaba un negro esclavo. Pero había ido acumulando riquezas incontables, fruto de tributos y de confiscaciones.

Al saber la proximidad de Bolívar a la capital, se fue al convento de Santo Domingo, cuya comunidad poseía preciosos tesoros, guardados en una cripta del templo, para que los trasladaran al palacio virreinal, donde estarían mucho más seguros. Y como los religiosos vacilaran en demostrarse convencidos, él mismo procedió, con sus soldados, a efectuar el traslado.

Bolívar, victorioso en el Pantano de Vargas, enfiló hacia Bogotá. Al saberlo, Sámano dispuso apresuradamente un buen número de ejecuciones. Dio también una fiesta a los cónsules y representantes extranjeros, como un alarde de impasibilidad. En medio de la cena hizo traer en una bandeja un par de chancletas viejas para mostrarlas a la concurrencia, diciendo con mofa:

—Con eso hay para sacar en fuga al tal Bolívar.

Pero en lugar conveniente del río Magdalena esperaban champanes y chalupas para llevarlo a Cartagena, con todo su rico bagaje. Precisaba, eso sí, viajar por tierra hasta Honda, esquivando el encuentro de tropas republicanas.

La ciudad había sido engalanada e iluminada como para festejar la esperada victoria realista. A la madrugada, Sámano comprendió que el tiempo urgía. Los tesoros estaban a medio cargar; creyó, pues, más prudente ir a esperarlos ya embarcado. Para protegerse en el camino hizo colocar a trechos grupos de jinetes, y con una docena de adeptos disfrazados de frailes, salió discretamente; calculaba que si lo veían huir, la muchedumbre despavorida iría a llenar el camino que necesitaba expedito.

Al amanecer, cuando horcas y garrotes funcionaban en la plaza, Sámano desfilaba entre su escolta, doliéndose de no poder ir, por última vez, a convencerse de que los ahorcados quedaran bien muertos.

Para el pronto despacho de las cargas dejó toda clase de instrucciones y poderes al coronel Yarraguerri: y para todo lo demás, la encargada fue la manceba favorita, una muchachona vulgar, llamada Apolinaria.

Terciada la mandolina y el fusil a la cazadora, ancho sombrero sobre los ojos, trajeada de amazona, la manceba caracoleaba impaciente y gritona por la plaza, arriando a látigo la indiada para que apurase la salida.

Pocos meses llevaba de ser el capricho pasional del vejete, quien la había instalado en una de las mejores casas: la de la familia Salavarría, cuya hija mayor había pagado en el patíbulo su ayuda a la causa de la libertad granadina. En esa casa vivía sola, sin otra ocupación que tocar la mandolina, y salir hasta la puerta a acompañar al visitante cuando se retiraba. Se la veía y oía, entonces, escupir en señal de asco y proferir expresiones de repulsión que criados y transeúntes percibían claros, apenas el viejo volvía las espaldas. Usaba los cabellos cortos; tenía ojos y dientes deslumbrantes.

Sámano puso a recaudo primero el pellejo; detrás vendrían el oro y la mujer; pues confiaba plenamente en que Yarraguerri, su fidelísimo jefe de policía, lograría en la noche alcanzarlo con el uno y con la otra.

Los preparativos se cumplieron a cabalidad. Los frailes mismos acudieron a empacar las joyas y alhajas de su propiedad, y encargaron ahincadamente a Apolinaria entregarlas en el convento de Cartagena, a lo cual la recomendada contestó con reticentes promesas. El anciano prior fue llevado en silla de manos al lugar del cargue para que impartiera su bendición de marcha; solo que considerando demasiado larga la ceremonia, la imperiosa coima ordenó desfilas sin terminarla.

La brigada se movió sin percances por el encajonado y feo camino que iba de Santafé a Honda. Una vez que lograron pasar de Guaduas, Yarraguerri dio por descartados todos los tropiezos y peligros.

En la bifurcación de Neiva debería juntárseles una tropa numerosa de relevo y refuerzo, para conducir definitivamente los tesoros ante el Virrey. Qué inmenso alivio el del coronel cuando, de un empinado barranco desde donde se dominaban varios recodos, divisó lanzas y jinetes españoles. También Apolinaria, al verlos, saludó a distancia, agitando el sombrero.

Los saludados soltaron galope a encontrarlos, y en breve rodearon la larga hilera de mulas. Un oficial avanzó hasta Yarraguerri con ademán amistoso; éste iba a corresponder alargando la mano, pero se quedó mirándolo, súbito, como tratando de reconocerlo. Bastó ese minuto de reparo: el coronel se desplomó de su caballo con una bala en el corazón.

El pistoletazo de Oronda —que no era otro el pretendido oficial— fue el toque de matanza. La guardia del Virrey cayó toda bajo el fuego de la falsa caballería española. Los únicos que nada sufrieron fueron los arrieros indígenas, para quienes lo mismo daba servir a unos que a otros; tampoco recibieron daño los que no opusieron resistencia.

Por encargo de Oronda, Felipe Iñíguez, había ido a Santafé para medir las posibilidades de un buen golpe, ya habiéndose dado cuenta del viaje de Sámano y sus riquezas, salió apresuradamente la víspera a dar cuenta de tamaña perspectiva.

Oronda había cargado con uniformes militares, fruto de los encuentros y asaltos. Una vez dispuesto lo conveniente, vaciló entre dos placeres: apoderarse del Virrey, o apoderarse del tesoro: escogió lo segundo.

Consumada la hazaña hubo de extraviar por entre regiones salvajes, para evitar el encuentro de tropas que Sámano pudiera lanzar sobre los asaltantes, en recuperación de lo perdido.

Acamparon a media noche. Colocados los centinelas y apagadas las fogatas, Oronda se retiró a su tienda; de pronto le llegó el eco de una mandolina; prestó el oído; iba ya a levantarse, cuando ve entreabrirse su tolda, y al resplandor de un fogón medio extinguido divisa una silueta ligera y una cara de mujer joven, de ojos y dientes fosforescentes; echaba ya mano al arma, pero no tuvo tiempo: una boca ardorosa, unos brazos fogosos se oprimieron sobre él, y una voz acariciante le susurró al oído: *Apolinaria*. Era el resto del botín de la jornada.

---

La cordillera levantaba sus moles imponentes, por entre desfiladeros y cornisas penetraron los bandidos. Pero antes, Oronda hizo el prorrato de una gruesa cantidad de morrocotas entre sus ayudantes. Cuál sería el dividendo, que algunos, sintiéndose ya suficientemente ricos, dejaron la banda para ir en busca de aquella vida tranquila que suele ser el sueño dorado de un pirata.

El caudal restante, cargado en cofres y sacos, se llevaría a un sitio ojalá inaccesible. Tras deliberar un tiempo, se escogió la gruta aconsejada por un indio que había pasado años en ella, desafiando la persecución española, con la cabeza puesta a precio, sin que nadie lograra dar con él, ni los mismos de su tribu. El era, pues, el único capaz de guiarlos entre aquella masa roqueña inexpugnable.

El ascenso empezó lento y difícil; aquellos caminos bordeados de precipicios eran buenos apenas para venados. Cada fin de jornada, Atalito —así se llamaba el guía— señalaba puntos más abruptos y lejanos.

Un día, desde un canjilón, alguno alcanzó a divisar, mirando atrás, una manchita que se movía por entre los inmensos anfiteatros de piedra que la caravana acababa de rodear. Los ojos se aguzaron, era un jinete, no cabía duda. Aquello resultaba tan insólito que Oronda mandó a hacer alto hasta que llegara quien fuera. Sable al cinto y fusil terciado, acalzonado el sayal, llegó al fin: era un fraile.

Tranquilo, sereno, expuso el objeto de su presencia allí, en tan peligrosa empresa, de tan dudoso resultado. Solo la divina protección —dijo— habíale hecho dar con la huella de Oronda y su gente. En verdad, el arribo de un fraile a esos parajes yermos y solitarios tenía las trazas del prodigio.

Cuando con los tesoros de Sámano camino de Honda los de los dominicos, confiados al Virrey prófugo, el prior se había percatado, tarde ya, que allá se iba un venerando Crucifijo, reliquia secular, invalorablemente preciosa para la comunidad. Tenía solo unas pocas gemas en los brazos de la cruz, escasas de quilates. Su valor era, primero que todo, afectivo; como verdadero talismán de la Orden; había que recuperarlo a todo trance; a eso la habían mandado a él. Seguramente Sámano no hubiera rehusado devolverlo: tan mínimo en sí era el objeto.

El comisionado había cogido camino inmediatamente, pero antes de llegar al Magdalena encontró los restos de la escolta oficial; les oyó el relato de lo sucedido; reconstruyó los hechos; pidió informes a indios y arrieros, invocó el favor del cielo... y allí estaba, delante del propio Oronda, esperando dar término feliz a su cometido.

La historia no era, ni mucho menos, como para tranquilizar al auditorio. En otro ambiente, con la vida hubiera pagado el fraile lo hasta allí logrado. Pero los ánimos habíanse sosegado; la soledad de las montañas infundía apaciguamiento; no había inquietud alguna por víveres y provisiones; influían benéficamente esos panoramas soberbios y la solemne belleza de las cumbres.

Al caer el sol, el fraile se había acercado al corro de los bandidos. Se sentó entre ellos; la barba larga y blanquecina prestábele faz de santidad. Algunos llegaron a besarle la mano, doblada la rodilla; él la extendió, la alzó, la ondeó en uno como ampio signo absolutorio.

¿Dónde estaría el Crucifijo? ¿En cuál de los cofres? ¿Entre qué montón de reliquias? Quizá de tenerlo al alcance, fácil fuera que Oronda se lo devolviera; pero no valía la pena desbaratar toda la carga sólo para eso. Por otra parte, el pirata sabía de los efectos que produce la contemplación, y aún más, el contacto del metal precioso. El buen fraile tuvo que resignarse a la promesa que Oronda le hizo para más tarde, cuando llegaran al término del viaje.

Continuó la marcha. Oronda dormía con Apolinaria. El ascendiente de la hembra sobre la banda había ido creciendo poco a poco. Iba de un extremo a otro de la caravana, observando, advirtiendo, ayudando, sobre todo en los malos pasos. Hablaba con el mismo tono del jefe. Aun llegó a descargar su rebenque sobre uno que la había querido brutalizar cuando el ataque a la caravana del Virrey. Todos la temían; pero más que miedo humano era una especie de terror a la calidad demoníaca que le atribuían y que la hacían igual a Oronda en los dominios del mal. No faltó quien anotara que la mujer y el pirata fueron los únicos que se quedaron de pie cuando el resto de la banda dobló la rodilla ante el varón de Dios.

Poco a poco se formaron dos partidos dentro del conjunto: el de los malditos, afectos a Oronda y Apolinaria, y el de los simpatizantes con el monje, impresionados por sus pláticas, sospechosos de haberse dejado arrastrar en una aventura en que, si quedaban con vida, perderían al cabo su parte de bienaventuranza, demasiado comprometida ya, pero de cuyo recobro los esperaba la palabra del fraile.

Por fin, después de atravesar una planicie de lava petrificada y de haber escalado picos escarpados, Atalito, el baqueano, señaló cercana la meta: una cumbre solitaria, sin árboles ni hierba, ni señal de vida, ni más rumor que el cierzo bramador de las parameras.

Se ordenó acampar. Mientras se organizaban los vivaques, Oronda fue a reconocer la cueva que abría su boca en los tajos de una voladura. Apolinaria y Felipe Iñiguez, su gente de confianza, quedaron en custodia del tesoro.

Vino la noche y Oronda no regresaba. Tal vez resolviera pernoctar en la gruta, con Atalito. Germinó entonces una idea en la imaginación de la mujer. La atormentaba el no verse adorada de todos; y se había dado cuenta de la hostilidad del monje. Decidió conquistarlo.

A la vera del fuego púsose a tocar la mandolina. Luego dejó el instrumento y comenzó a ejecutar una danza. Antes, había ordenado abrir un barril de aguardiente, como si se tratara de una fiesta en forma. Desde el sitio donde danzaba percibía el latir acesante de los deseos que, con giros y quiebres lascivos, promovía en el ruedo que le habían formado. Ella, en cambio, sólo tenía ojos para el fraile; éste la seguía como hechizado.

La noche avanzaba. Lentamente fueron apagándose las hogueras; los hombres fueron desfilando a sus abrigos; también callaron los ruidos y las voces. Ni qué esperar que Oronda se arriesgara por entre aquellos precipicios a través de la tiniebla cerrada. El fraile yacía tendido, apoyado en los codos, las mantas echadas encima; pero la mirada relumbrante seguía sobre Apolinaria. Ella fue aquietando la danza, tendiéndose, desliziéndose, reptando, hasta llegar junto a él.

Contra todo cálculo y sin que nadie le sintiera, Oronda regresó al campamento. Fue a su tienda; la halló vacía; llamó; segundos después llegaba Apolinaria; pero el bandido había comprendido ya el significado de la levisima demora. Se limitó a sonreír y con toda la calma la dejó echarse a su lado.

En la mañana hubo una nueva partida. Oronda buscaba con ello toda la seguridad posible en el escondite de su parte del tesoro. El día se fue íntegro en transportarlo, y como estaba en su interés mantener el secreto del escondrijo, Iñiguez y Atalito fueron los únicos ayudantes admitidos. La gruta quedaba al extremo de una hendidura, en los tajados flancos de un promontorio por donde serpeaba la senda. Tras de rodear el pico, se caminaba sobre una plataforma donde sólo medraba el frailejón. Sorteábase un trayecto más sobre el vacío y venía luego una serie de túneles.

Por la noche el monje recordó a Oronda lo prometido, y éste le dijo que lo acompañara para que reconociera, entre las cosas del convento, el deseado Crucifijo. Apolinaria los acompañó, porque era ella quien había colocado en la gruta, en ordenada distribución, el contenido de cada uno de los sacos y cofres, a medida que iban abriéndose.

Abundaban en especial vasos sagrados, candelabros de oro y de plata, copones, incensarios, urnas labradas, en las que los devotos orfebres, por

sí o por encargo, habían incrustado ricas pedrerías, destinadas para imágenes o para reliquias; casullas y ornamentos bordados en oro. En algunos ya había hecho estrago el cuchillo de Apolinaria, recortando trozos para adorno de corpiños y chales. También había dagas y armas blancas de recamada empuñadura, con rubíes y brillantes; espejos de marcos repujados, jarrones, vajillas de tres siglos, lujo de las grandes fiestas virreinales. Las estatuas se alineaban haciendo cortejo a una célebre Virgen María, que los santafereños tuvieron siempre como de oro macizo, pero que era apenas troquelada en una finísima lámina de oro.

El relato de Iñíguez, sobre lo que ocurriera en la gruta aquella noche, variaba frecuentemente. Lo mismo sucedía con sus apreciaciones en cuanto a Oronda: ya resultaba un hombre feroz y demoníaco, ya otro, jovial, generoso, modelo de camaradas y amigos.

Iñíguez no penetró en la gruta; Oronda le ordenó quedarse en la entrada; lo hicieron solamente Apolinaria, el monje y el pirata. Fue éste quien le refirió después lo que pasó allá dentro.

El monje encontró el Crucifijo, objeto de la peligrosa empresa en que lo metieran sus cohermanos. No cabía de un júbilo que, en rigor había que entender como signo inequívoco y natural de una gran veneración piadosa; lo estrechaba como transfigurándose, a tiempo que lo iba deslizando bajo los hábitos. Pero Oronda se lo arrancó de las manos, diciéndole que lo prometido era solamente el Crucifijo, la efigie, y no la colosal esmeralda incrustada en la peana. Y mientras esto decía, de un golpe con la cabeza de su puñal desprendió la piedra de su sitio y la pasó a Apolinaria, agregando:

—Para que te la cuelgues al cuello.

El monje se abalanzó energúmeno sobre Oronda blandiendo un largo cuchillo; pero ya la esmeralda había rodado dentro del seno de la mujer, a tiempo que el monje se desplomaba, el vientre abierto por una cuchillada del pirata.

Iñíguez alcanzó a calcular lo ocurrido allá dentro, mientras ayudaba a Atalito a fabricar el mortero para tapiar la boca de la cueva. A pocos minutos oyó la voz tranquila de Oronda, que lo llamaba. Acudió, y como el pasadizo era muy oscuro y angosto, escasamente pudo distinguir lo que confirmaban sus cálculos.

El monje yacía boca abajo en tierra, en tanto que Apolinaria, amarrada a una roca, con las mismas cuerdas de los sacos, lívida y trémula de furia, soltaba una retahila de atroces injurias contra Oronda.

Este simplemente dijo, dirigiéndose a Iñíguez:

—Quiero que seas testigo de esto. Como la perra ésta ya estaba amachinándose con el fraile y querían robarme el tesoro, aquí van a quedarse los tres juntos.

Luego lo empujó hacia la salida. Iñíguez no pensó siquiera en atreverse a comentarlo; menos a interceder por nadie; era apenas un muchacho, un niño, delante y en poder de Oronda.

Ayudó Atalito a rodar las piedras y a pegarlas. Las injurias de Apolinaria habían ido cambiándose en imploraciones, cada vez más desgarradoras, cada vez más apagadas. El pirata, empuñada una arma en cada mano, vigilaba la tapiada. Concluido, sin proferir palabra, regresaron los tres al campamento.

Nadie mostró extrañeza ni preocupación por los que no volvieron. Antes bien, con gozo oyeron la voz de partida. Todos comprendían que lo hecho había sido una insensatez; que nadie lograría llegar hasta allí de nuevo. Además, ya eran dueños de una fortuna. En cuanto salieron a los valles y sabanas empezaron a menudear las deserciones.

Atalito desapareció inexplicablemente; para Iñíguez era casi seguro que el indio había caído fulminado por un golpe traidor de Oronda; sin embargo se lo callaba. Testigo único restante, cuantas veces se presentaba la oportunidad, cautelosamente afirmaba ser del todo incapaz de dar con el camino y los vericuetos recorridos, aunque en su interior repasaba las señales grabadas en la memoria para hacerlo el día que le viniera en gana. Frecuentemente le tocaba dormir junto al pirata, en parajes desiertos; si Oronda no lo hubiera mirado siempre como su fiel y mejor compañero, cien veces lo habría podido eliminar, de haber entrado ello en sus cálculos.

Cuando el general Santander tomó el mando de las tropas concentradas en Bogotá, la cabeza de Oronda fue puesta a precio. Lo que no impidió que el bandido penetrara a la ciudad disfrazado de arriero, acompañado siempre de Iñíguez. Se fue al convento de los dominicos, pidió hablar con el prior y le ofreció en venta el tanpreciado Crucifijo. Lo hizo por mera curiosidad, pues no acertaba a explicarse el valor que ese objeto encerraba; quería convencerse de si lo valioso era el Cristo o la esmeralda que se había quedado dentro del jubón de Apolinaria.

Urdió una extraña historia para explicar el que en manos de un arriero se encontrara el santo objeto, y terminó pidiendo un precio exorbitante. El prior no demostró asombro; se limitó apenas a pedir al vendedor plazo de un día para conseguir el dinero, ya que Sámano los había dejado literalmente con el encapillado. Desde luego que la tregua no era sino para el denuncia a las autoridades y la correspondiente agarrada a la hora de cerrar el trato. Pero no se contó con la infernal astucia del bandido, a quien en vano se esperó en el convento durante algunas horas. A poco llegaba a la portería un paquete para el prior; dentro estaba el Crucifijo en varios trozos, aserrado y lleno de abolladuras.

Iñíguez jamás pudo saber la suerte final de Oronda. Tiempo después aparece comprometido en la revuelta promovida en Guayaquil por un español, para volver al dominio colonial el país y sublevar los buques y flotillas que resguardaban el puerto. Parece que la víspera de los acontecimientos, hallándose en un fandango, fingiéndose borracho, empezó a denunciar a gritos los detalles todos de lo que se proyectaba. Luego desapareció.

Aparecía unas veces sirviendo a los independientes; otras al lado de los realistas; aquí con renombre de asesino atroz; más allá con aureola de grandeza. De lo único que Iñíguez sí estaba cierto era de que Oronda



no había regresado a recoger su tesoro. Aquella recuperación por precipicios y alturas que apenas los cóndores cruzaban, Oronda nunca la volvió a intentar. Tal fue siempre el destino de los tesoros robados; se los esconde para recuperarlos después, cuando el tiempo lo haya conjurado todo; pero tal fue el escondrijo, que ya no hay modo ni plazo para la hazaña de recogerlo.

De la muerte de Oronda no hubo noticia oficial; y eso que los gobernantes americanos, cuando cogían un bandido famoso, se empeñaban en dar a la captura y ejecución toda la publicidad posible para escarmiento y en prenda de rectitud. Chile, por ejemplo, propagó por todos los medios, el proceso y ajusticiamiento del célebre Benavides, cuyo cadáver fue expuesto en pedazos en las vías públicas.

Aplacadas las guerras civiles, Oronda quedó en permanente peligro, debido a sus enjuagues y alianzas con cabecillas revolucionarios. Pero, como ya se dijo, desapareció sin dejar rastro, burlando todo castigo, así los humanos como los de lo Alto, con lo que se acrecentó lo satánico de su reputación.

Iñíguez hablaba frecuentemente de ir a apoderarse del tesoro de Sámano. Aun llegó a ponerse en marcha, pero para regresar muy poco después, sin haber intentado siquiera salvar los primeros contrafuertes de la cordillera. En otra ocasión reunió una pequeña partida expedicionaria, de la que él sería jefe y guión. Llegó el día de emprender la marcha, y por ninguna parte asomó el jefe. Se le propuso entonces que suministrara indicaciones y datos suficientes para que otros llevaran a cabo la empresa: nada respondía, ni sí, ni no. Acabó negando que hubiera tal tesoro, y cesando de mentarlo.

—Espero el regreso de Oronda— optaba por responder ante el aco- samiento de la curiosidad.

De vez en cuando lo encontraban llorando; decía que era el recuerdo de Apolinaria, y que tenía que irse a buscarla. Los años y la bebida acabaron de extraviarle el juicio con alucinaciones.

—Está enterrada pero viva; y eso es lejísimo. Pobrecita: que frío no tendrá con semejante invierno...

Al llegar el buen tiempo, apurando su copa de aguardiente, tabaco y pólvora en los tugurios riberaños, de repente se ponía como tratando de percibir una música distante; estallaba en una carcajada, y decía:

—En este momento deben estar bailando la *guachambra*; siempre y cuando que un fraile pueda bailar con las tripas afuera.

Y los que sabían el cuento, comprendían por qué Iñíguez no iba a derrumbar el muro que cerraba la cueva de los tesoros del Virrey Sámano. Bien custodiado estaba: no por empinadas crestas, ni por abismos vertiginosos. Es que no había nadie capaz de violar esa gruta donde una mujer pavorida, luciendo en el corpiño una gigantesca esmeralda, y un fraile con el vientro abierto de atroz cuchillada, bailaban una fantástica *guachambra*.